



INTRODUCCIÓN

El propósito de nuestra especie es construir un mundo mejor para nosotros mismos, las demás personas y la naturaleza. Para lograrlo, cada persona ha sido dotada con un talento o habilidad especial que, al ponerla en práctica, hará que nuestro entorno emocional, social y natural se conecten, fluya el afecto y florezca la vida a nuestro alrededor.

Sin embargo, el daño que le hacemos a las nuevas generaciones y a nuestro planeta es un indicador de que nos hemos distanciado de nuestra propia naturaleza humana. Es inhumano que hoy la mayoría de niñas y niños esté en riesgo por los tóxicos presentes en lo que comen, beben, respiran y que fluyen a ellos desde el inicio por el cordón umbilical y luego por la leche materna. Es inhumano que estén en riesgo por la cultura de violencia y miedo a la que están expuestos en sus hogares, en la calle y a través de los medios de comunicación. Es inhumano que más de 50% de los ecosistemas del planeta estén degradados y hayamos acelerado 1,000 veces la extinción de especies.

Hoy, nuestro propósito es poseer más, y nuestros talentos han sido moldeados para este fin sin importar lo que ocurra con las demás personas y con la naturaleza. Hemos institucionalizado un modo de vida basado en la creencia de que podemos incrementar y sostener nuestro bienestar de forma independiente a la salud de nuestro entorno social y natural e, insólitamente, de nuestra salud emocional y física. No hay límites para nuestro apetito por lo material y novedoso, y para conseguirlo nos importa poco la fuente de aire que respiramos, el agua que bebemos y las poblaciones que no vemos. Lo irracional, absurdo e

inaceptable ha mutado a conveniencia y hoy es lo racional, sensato y aceptable. El “éxito” es posible en la medida que seamos más inmunes al impacto destructivo de nuestras acciones, las que consideramos como “externalidades” y las justificamos como “daños colaterales” en nombre del progreso o la riqueza.

Esta amnesia existencial, que transforma al ser humano en una especie de “ser mentalmente modificado”, se ha convertido en una pandemia y lo mundano es viral. Se incuba en los hogares y escuelas, se fortalece en las calles y universidades, se expande a través de los medios de comunicación y el marketing, y cuando madura, los síntomas son la incoherencia, el egocentrismo, la soberbia, el inmediatismo, lo superfluo, la codicia, la indiferencia, la vanidad, la carencia de compasión, el machismo, la agresividad, la alta tolerancia a la violencia y la crueldad.

Carentes de propósito y ética, deambulamos en nuestro propio laberinto, donde lo que sentimos, pensamos y hacemos no coinciden. Donde el ser humanos nos hace vulnerables frente a lo inhumano, el miedo condiciona al amor y la mentira es la mejor defensa de la verdad. No importa el camino que tomemos, nuestra percepción es que avanzamos poco y en muchos casos que retrocedemos. El tiempo pasa y la desesperanza avanza. Cuando el perdido ignora que lo está, el camino se vuelve peligroso. Cuando el perdido niega que lo está, el peligro se vuelve inminente.

Líderes científicos y espirituales advierten desde hace varios años que vamos en dirección a un abismo y que hay que virar cuanto antes para cambiar el destino de la humanidad. James Lovelock, científico británico nacido en 1919 y creador de la teoría de GAIA, lo resume así: “mientras haya energía y tiempo debemos retroceder de un mundo insostenible y avanzar hacia uno sostenible”. Para ello se concluye que se requieren cambios radicales en nuestro comportamiento y valores en relación a cómo tratamos a la naturaleza. Si consideramos que es durante la niñez cuando desarrollamos el pico de nuestros valores y actitudes ante la vida, entonces lograrlo en esta etapa es un objetivo trascendental y transversal a todo el resto de acciones para avanzar hacia un mundo sostenible.

En esa dirección, múltiples investigaciones revelan que el contacto regular y positivo con la naturaleza contribuye significativamente al desarrollo cognitivo, físico, social y emocional de las niñas y niños, a la vez que desarrolla en ellos valores y actitudes en favor de la vida. Por ejemplo, se sabe que los niños que juegan de manera libre y regular al aire libre tienen mejor desempeño cognitivo, son más capaces de llevarse bien con otros, son más sanos y felices. Por el contrario, la ausencia de naturaleza en sus vidas, cada vez más urbanas y virtuales, incide directamente en un incremento de obesidad, trastorno de aprendizaje,



Las hormigas legionarias, conocidas como marabunta, construyen puentes entrelazando sus cuerpos para superar obstáculos.

estrés, hiperactividad, fatiga crónica, depresión y la percepción de tener una vida menos positiva. A este fenómeno, hoy considerado una patología, se le denomina “trastorno por falta de naturaleza”. Un ejemplo dramático de ello es que los presos de máxima seguridad en los Estados Unidos de América pasan dos horas diarias al aire libre y los niños menos de una hora. Los expertos temen que si las niñas y niños no desarrollan cariño y respeto por el mundo natural a temprana edad hay el riesgo de que nunca más puedan hacerlo.

Esta publicación, basada en más de 20 años de experiencia de la Asociación para la Niñez y su Ambiente (ANIA), estudios de expertos, saberes compartidos y mi experiencia de vida, busca poner en valor a la naturaleza por su capacidad de criar ciudadanos saludables, empáticos y de buen corazón, un servicio ambiental ignorado hasta el momento. Para ello compartimos nuestras iniciativas, las lecciones aprendidas y un camino a seguir para lograr que las nuevas generaciones se emparenten con la Madre Tierra y crezcan capaces y con la voluntad de aportar a un mundo mejor, generando bienestar para sí mismos, para otras personas y para la naturaleza.

No dudo que ellos harán su parte si les damos la oportunidad. La interrogante es ¿nosotros los adultos podemos ser sus referentes adoptando estilos de vida sostenibles? Confío que luego que lean y *sientan* este libro la respuesta sea afirmativa y la reacción contundente, porque somos el puente del cual dependen para avanzar hacia un mundo mejor. Hagámoslo por nuestras hijas e hijos, las nuevas generaciones, los aún no nacidos, la humanidad, el planeta y por la paz y la alegría que buscamos, y que con seguridad encontraremos, al cumplir con nuestro propósito de vida. Nuestra capacidad para adaptarnos al cambio climático, sostener los cambios positivos que logremos, y cumplir los objetivos nacionales y globales del desarrollo sostenible dependen de ello.